



TEÓFILO DE LA CERDA

PRUEBAS POR SUPERAR

TRABAJAR DURANTE LA DÉCADA DEL SETENTA FUE DURO, PERO TEÓFILO DE LA CERDA LOGRÓ SALIR DEL PASO Y CREAR MELINKA, SU PROPIA EMPRESA. HOY, A LOS 65 AÑOS, DISFRUTA DE SUS LOGROS, SU FAMILIA Y LAS OBRAS QUE HA CONSTRUIDO.

POR MARIANA VALENZUELA FOTOS VIVI PELÁEZ

Cuatro décadas de matrimonio, seis hijos y una empresa levantada en tiempos difíciles: esos han sido los mayores logros de Teófilo de la Cerda o "Teo", como le dicen sus cercanos. Ingeniero Civil de la Universidad Católica, su primera experiencia laboral fue como funcionario público. En 1970, recién electo Salvador Allende, Teófilo ingresó a la Corporación de la Vivienda, Corvi. Ahí dice que supo lo que significaba trabajar para el Estado en tiempos delicados. Recién casado, ejercía sus funciones en un grupo de inspección de obras como un funcionario más. Pero al poco tiempo le entregaron mayores responsabilidades. "Ascendí, me dieron una obra para ejecutar, y a poco andar me adjudicaron un contrato muy grande: el conjunto habitacional Gilberto Moreno, que constaba de 42 edificios de cuatro pisos", recuerda.

Pero las responsabilidades también significan desafíos. Dice que le tocó cumplir un rol prácticamente de mediador entre la parte gerencial y los empleados, quienes creían que jugaba siempre para el equipo contrario. "Fue difícil, porque en esa época los trabajadores pretendían cogestionar las empresas y a pesar de que la obra se hizo por administración delegada, al parecer pretendían tener mayor injerencia", agrega.

En 1973 el ingeniero decidió cambiar de rumbo y unirse a los privados, quedando a cargo de un proyecto para la empresa Darío Rodríguez. Con familia completa se mudó a Concón, desplazándose todos los días a Quilpué, donde estaba ubicada la obra. Se

trataba de un edificio donde estarían las oficinas administrativas de una planta que donaron los rusos para construir viviendas. "Cuando sobrevino el golpe militar, era sabido que cada vez que había una movilización social los primeros que salían muy agueridos eran los trabajadores de esa planta. Y como en la revuelta no quedó claro éste era un contrato aparte, los tomaron detenidos a todos, incluyendo a la gente de nuestra obra", recuerda Teófilo. "Ahí fue muy duro ver cómo los trataron, porque los trasladaron al estadio de Playa Ancha en camiones, los amontonaron y después se los llevaron a un barco durante tres días", recuerda. Y agrega: "empecé a hacer todos los trámites respectivos, fui a la obra, la habían allanado, no había nadie, quise hablar con las autoridades del lugar pero nadie me quería decir nada". Dice que al cabo de unos días, en la tensa espera, vivió un episodio que nunca olvidará. "El día estaba radiante y yo almorzaba tranquilamente en mi casa cuando golpean la puerta y me encuentro con el jefe de obras y mi jefe administrativo, barbones, sucios, diciéndome que los habían soltado pero que no se atrevían a entrar a la obra. Ahí me di cuenta lo que había significado el golpe para unos y para otros", enfatiza. "Tengo muy vivida esa escena, porque yo estaba feliz con mi señora y con mis hijos en la casa, no nos había pasado nada, y de repente llegan estas dos personas tremendamente asustadas por lo que había sucedido".

Unos años más tarde, en 1976, la empresa decidió prescindir de sus servicios, y como

no pudieron pagarle el finiquito en dinero, le ofrecieron que lo canjeara por bienes de la misma. "Estupendo—dije yo— porque yo pretendo partir por mi cuenta", recuerda. De pago recibió una betonera, una carretilla, unos chuzos y cascos, lo que se convirtió en su capital inicial para la nueva etapa que comenzaba. Se inscribió en el Ministerio de Vivienda como contratista, estudió un presupuesto y se ganó su primera propuesta, que constaba en hacer un trabajo de mejoramiento de pavimentación en el cerro San Cristóbal, cercano a la piscina Antilén. "Ahí me gané mis primeros pesos", dice. Tiempo después se adjudicó una segunda propuesta para reparar los departamentos de la antigua Villa San Luis, entre Cuarto Centenario y el Parque Araucano. "Ahí estaba lleno de edificios de departamentos de cuatro pisos que se construyeron en la época de la Unidad Popular y se entregaron en forma muy irregular con el objeto de integrar a gente de menos recursos en un barrio alto. Cuando vino el golpe militar, desalojaron todos los departamentos y quedaron botados un buen tiempo, y el Serviu del momento llamó a una propuesta para rehabilitarlos con el objeto de entregárselos—si no me equivocó—a personal de las Fuerzas Armadas", explica la cabeza de Melinka.

"Me falta mucho para eso", dice Teófilo de la Cerda respecto a su jubilación. Hoy está dedicado a su trabajo y espera que la empresa se siga afirmando en el mercado después de la crisis económica que ya parece ir quedando atrás. A pesar de haber tenido seis hijos, ninguno salió con las aficiones de su padre. Sin embargo, dice que de sus nietos no se queja. **EC**